

ARTÍCULOS

DEMOCRACIA, SOLIDARIDAD Y EQUIDAD EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

*Dr. Carlos Molina Jiménez**

Sociedad actual e información

Vivimos en sociedades en las que la producción, el flujo de información y la centralidad de ésta en las actividades humanas, alcanzan niveles ni siquiera soñados pocas décadas atrás. La razón de este salto cualitativo en el papel social de la información radica, fundamentalmente, en la utilización de tecnologías electrónicas e informáticas, sumamente eficaces y relativamente baratas, para el procesamiento, manejo y difusión de la información.

Estas tecnologías han estado controladas por poderosos sectores sociales que actúan en el plano internacional y transnacional, los cuales las han modelado según sus propios intereses.

*Académico del Departamento de Filosofía. Universidad Nacional.

Emplear estas tecnologías implica la posibilidad de moverse en un rango de enorme amplitud, en el que se acrecientan extraordinariamente los espacios de acción de los sujetos que allí se desenvuelven, lo mismo que su disponibilidad de recursos.

De hecho, estas tecnologías han sido indispensables para que se originara la actual etapa en la expansión de civilización occidental, a la que llamamos globalización, caracterizada, en lo básico, por una acentuada mercantilización de prácticamente todos los aspectos de la vida social, así como por una creciente integración de todos los mercados nacionales en un único mercado transnacional.

Hoy las resoluciones decisivas que afectan nuestros ingresos, oportunidades, bienestar y, en general, calidad de vida se adoptan o, por lo menos, se predeterminan en ese nivel transnacional.

Democracia e información

La democracia (es decir, la existencia de gobiernos y parlamentos representativos y elegidos periódicamente por quienes van a estar sometidos a sus determinaciones) es, *como idea*, la única forma de poder político legítimo concebible actualmente en Occidente y en las sociedades occidentalizadas; y, *como práctica*, la única fórmula operativa que, aunque muy cuestionada, mantiene aún bastante ilesa su credibilidad.

Durante, sobre todo, la segunda mitad del siglo XX, el ejercicio de la democracia dio lugar a formas institucionales de obtención de cierto grado significativo de solidaridad y

equidad sociales, formas que, en conjunto, configuraron el denominado Estado benefactor. Se trataba de políticas redistributivas que extraían, mediante impuestos, recursos de los sectores mejor ubicados en el mercado y el aparato político-administrativo, y que canalizaban esos recursos hacia aquellos otros sectores que se encontraban en situaciones social y económicamente precarias.

Eran políticas implementadas desde el Estado e incluían programas de generación de empleo, atención socializada de la salud, educación gratuita generalizada, seguridad y previsión social, vivienda...

Sin embargo, la democracia actúa a nivel de los estados nacionales. Por eso, sus posibilidades de operación se ven aminoradas en la medida en que los procesos económicos, sociales, políticos, culturales se definen más allá de su marco de acción, en un plano de mucha mayor amplitud. Y es esto precisamente lo que está ocurriendo, en virtud del avance del movimiento globalizador, posibilitado por las nuevas tecnologías de la información.

Consecuencia de ello es que las redes nacionales de solidaridad social y búsqueda de la equidad, se han ido debilitando a medida en que esos procesos se van transnacionalizando. Si a lo dicho se añade que, a causa de esta misma transnacionalización, los países pierden en alto grado su poder para tomar sus propias decisiones, el resultado de ambos aspectos es que las personas experimentan, de manera creciente, que sus vías y canales de participación política se tornan obsoletos y banales, y que la política es cada vez más ajena a sus intereses, pues cada vez les procura menos beneficios.

Por eso, se produce una fuerte tendencia a retirarse de la participación política y a replegarse en una actitud individualista. Algunos asumen la posición de encontrar por sí mismos la solución a sus problemas, ateniéndose a su propia capacidad de procurar satisfacción a sus necesidades. Por este rumbo puede llegarse fácilmente a la práctica de un individualismo agresivo y antisocial. Otros, por el contrario, pueden optar por reducir sus necesidades mediante disciplinas ético-morales de autodominio y renunciación, al viejo estilo estoico y epicúreo. Por este rumbo puede llegarse fácilmente a un individualismo pasivo y asocial.

Por otro lado, las tecnologías de la información también están transformando los dispositivos de acción de la democracia. En primer lugar, pensemos en la posibilidad que posee actualmente la televisión de dar la noticia mientras los acontecimientos aún están ocurriendo. Pero, además, el procesamiento electrónico de datos otorga a las empresas demoscópicas la capacidad de tabular los resultados de encuestas y sondeos a velocidades extraordinarias. Por ello, mediante la televisión y la demoscopía se establecen relaciones muy rápidas y ágiles entre la opinión pública —indagada por estas empresas informativas— y las decisiones de los políticos.

De aquí derivan tres consecuencias de gran importancia:

1. La televisión y las firmas demoscópicas —que son entidades privadas— van convirtiéndose en los verdaderos *mediadores* políticos, en detrimento de los partidos y parlamentos.
2. El inmediatez suele imponerse en el manejo de los asuntos públicos, en la medida en que los sondeos

frecuentes acortan el plazo que tienen los políticos para dar sus respuestas.

3. El político simpático, con dotes de comunicador y posiciones populistas, tiende a prevalecer sobre el político con liderazgo partidario, dotes de estadística y posiciones realistas.

Por último, ha de señalarse que la actual superabundancia de información afecta a los individuos que viven en sociedades y niveles sociales con acceso a la actual explosión informativa. Se tiene a menudo la vivencia de hallarse perdido en un océano inabarcable de información, donde resulta muy difícil orientarse para reconocer cuáles son los mensajes relevantes y oportunos. También las personas se descubren bombardeadas por poderosas instancias, que emiten información tendenciosa y utilizan eficaces incentivos y “ganchos” para atraer y sujetar la atención de su audiencia y ganar su asentimiento.

El efecto de esta doble comprobación resulta paralizador. Porque el individuo se siente inhabilitado en su capacidad de juicio e invadido y manipulado en su propio fuero interno, es decir, en el núcleo mismo de su independencia personal. Tal experiencia provoca sentimientos de incompetencia e incertidumbre en el sujeto, que llevan a actitudes de apatía, desinterés y desconfianza.

La única salida política al estado de cosas que hemos examinado aquí desde diferentes ángulos, consiste en encontrar la forma de que la democracia opere en ese nivel transnacional en el que se deciden los asuntos verdaderamente importantes; y que las redes de solidaridad y equidad, que han venido perdiendo su efectividad, puedan reconstruirse también en dicho nivel.

Pero hay ya avances en ese sentido. Hoy en día se halla en proceso de construcción un orden jurídico internacional con poder coactivo; así como la formación de una sociedad civil transnacional, capaz de actuar localmente pero en muchos lugares a la vez y con coordinación global. Al mismo tiempo, aunque en intenso conflicto con los dos aspectos señalados, parece estarse gestando un poder coercitivo de alcance planetario, con base en el gobierno y las fuerzas armadas de los Estados Unidos.

Si estos desarrollos contrapuestos llegasen a ser convergentes en algún punto de sus trayectorias, cabría la posibilidad de civilizar políticamente el actual proceso de globalización; es decir, de imprimirle un rostro humano a su decurso. Mientras tanto, tan sólo podemos pensar en soluciones que alivien los problemas actuales y que, quizá, contribuyan también a viabilizar esa respuesta más integral.

Vías de solución transitables

Propiamente en el campo de la información, la clave estriba en restarle a ésta fuerza manipuladora y combatir sus efectos ofuscadores, a fin de acrisolar en ella su aptitud para *empoderar* a la gente; lo cual significa, en el límite, despojar a la información de su carácter de correa transmisora de los designios de los poderosos, para recuperarla en su función de instrumento potenciador de las vidas concretas, susceptible de crear comunicación interindividual, resistencias exitosas y autoafirmaciones viables.

En tal sentido, hay algunas tareas que, en sus versiones más elementales, podrían empezarse hoy mismo. Son tareas

modestas; pero no debe olvidarse que con bloques diminutos puede erigirse un edificio monumental, si existe tenacidad y se generan efectos acumulativos y multiplicadores. Con mucha frecuencia resulta más importante la perseverancia en la lucha, que la grandiosidad de las pretensiones. El logro inmediato puede parecer insignificante, pero lo decisivo es posibilitar más adelante otros mayores. En asuntos sociales, que sobrepasan las dimensiones de nuestras vidas individuales, la cuantía del paso ahora dado importa menos que la continuidad del esfuerzo, la claridad de la ruta y la capacidad de corrección oportuna.

Sobre la base de las precedentes consideraciones, me atrevo a sugerir las siguientes propuestas:

- En relación con cuestiones concretas y vitalmente significativas, mejorar la capacidad de los individuos para *ubicar* y *discernir* información, así como para *interpretarla* de modo apropiado (desde su interés humano y no desde las ilusiones y expectativas inducidas por el poder). Cabe esperar que cualquier aprendizaje de este género, sea ulteriormente extendido por la persona a otros campos de su actividad.
- *Facilitar* las formas de acceso a la información y *simplificar* su manejo. Quizá sea éste el principal deber ético del profesional en ciencias informacionales; pues su misma conciencia acerca del papel crucial que juega la información en las sociedades actuales, engendra la exigencia moral de generalizar en lo posible el uso y los beneficios de la misma.
- *Iniciar el desmontaje* del paradigma actualmente predominante, que fuerza al individuo a convertirse en

consumidor pasivo de información. *Transitar hacia una práctica* en la que el sujeto aprenda a pensarse y actuar como productor de información y sea capaz de apreciar las bondades de un flujo recíproco de la misma. Afortunadamente la tecnología para poner en marcha este emprendimiento, se encuentra dada y es asequible.